

Domingo Tercero del Tiempo Ordinario B

“Convertíos y creed la Buena Noticia”

Según el evangelista Marcos, Jesús comienza su predicación con una llamada urgente e ilusionada a la conversión: “Se ha cumplido el plazo, está cerca el Reino de Dios: Convertíos y creed la Buena Noticia”.

La palabra conversión no tiene gran atractivo en nuestros ambientes. Se piensa en algo costoso, poco agradable; con una ruptura que no lleva a una vida atractiva; a reformar unas maneras de proceder no muy en consonancia con unas normas establecidas, lo que exige sacrificios y renunciaciones.

Conversión significa, en realidad, revisar el enfoque de nuestra vida. Ya no es sólo corregir unos defectos, sino ir más a la raíz, a la manera de pensar y de actuar teniendo clara la meta a conseguir. Es abandono de nuestras mediocridades, de nuestras cerrazones y servidumbres, para abrirnos a la salvación que Dios nos ofrece, que es plenitud de vida y libertad. La conversión al Reino nos exige amar hasta ser capaces de perdonar, ser libres incluso para hacernos servidores, ensanchar nuestro espíritu, hasta hacer nuestras las alegrías y esperanzas, las tristezas y angustias de los demás.

Cuando Jesús invita a la conversión no lo hace solo para que quitemos lo negativo de nuestra vida, sino para que acojamos el Reino de Dios como Buena Noticia. Es abrirnos, con sencillez y confianza, a la acción de Dios, como acontecimiento salvador. Dios quiere intervenir en la vida de las personas, para que esa vida cambie de verdad y sea una vida libre y feliz para todos porque El nos ha creado y nos quiere como hijos.

El Reino de Dios no es una institución, ni es un nuevo conjunto de formas jurídicas. Es una vida, plena, total. Es un acontecimiento que suscita una vida nueva para cambiar los modos de convivencia que tenemos, nuestros criterios de actuación, nuestra forma de valorar a la gente, nuestras concepciones religiosas, nuestra idea de Dios y de los hombres, de todos, aún de los pecadores. La fe ya no es vivir sometidos a unas normas para después de morir ganarse el cielo. Es confiar en que Dios va a hacer algo grande para que podamos vivir bien todos, antes y después de la muerte. Esto exige un cambio, una conversión, porque Dios no coacciona, propone su mensaje sin imponerlo, enfrentando a cada uno con la opción personal de aceptar o no la soberanía de Dios.

Para implantar el Reino de Dios en el mundo, Jesús escoge a un grupo de hombres. Junto a la acción del Espíritu, es tarea de un grupo, de una comunidad, de sus seguidores. La Buena Nueva, que Jesús pone en marcha, es algo que necesita

personas concretas que, atraídos por Jesús, se comprometan a vivir como El, y así difundir su fuerza salvadora. No es necesaria una “vocación específica”. Todos estamos llamados, si somos de verdad seguidores de Jesús, a difundir el Reino de Dios. Cada uno desde su realidad y tarea personal, viviendo el estilo de vida de Jesús, los valores del Evangelio, sabiendo que la fuerza del Espíritu alentará esta tarea. Se trata de recorrer el mismo camino de Jesús, hacer sus mismas opciones, asumir sus pensamientos y su toma de postura ante la vida, inspirarse en sus criterios, tener sus preferencias.

Si el Reino de Dios debe llegar a todos, “fermentar” la realidad de nuestra vida, nada mejor que hacerlo “desde dentro”, cada cristiano en su profesión y tarea, consciente de que todos formamos la comunidad de Jesús con un mismo objetivo. La reunión del Domingo tiene que ser expresión de esa comunidad, que se reúne para actualizar el misterio pascual de Cristo, cargando de esta manera las pilas, ya que al final la asamblea va a recordar, con el podéis ir en paz, la misión que tiene de, convertida, difundir la Buena Noticia de que el Reino de Dios está cerca.

Joaquin Obando Carvajal